



ENTRELÍNEAS, tan sólo veinte poemas

Emilio Rodríguez Miranda

*Al principio, la vida te siembra de impaciencia.
Después, obstinada e indulgente, en una
reválida otoñal, te sorprende con una grata sonrisa,
y te concede, generosa, la oportunidad
de embutir un puñado de versos
en apenas veinte poemas.*

ENTRELÍNEAS, tan sólo veinte poemas

Emilio Rodríguez Miranda

Tarjeta de visita

Yo no soy nadie,
tan sólo una gota de agua
en medio de una nube
sin memoria
que se evapora
cuando llega a la frontera
de tus sueños.

*Inútilmente interrogas.
Tus ojos miran al cielo.
Buscas, detrás de las nubes,
huellas que se llevó el viento”.*

*Cuanto sé de mí. -Las nubes-
José Hierro*

- Homenaje a Julio Cortázar-

“El último viaje”

La esperé con la ansiedad de una carta retrasada;

la cuidé como se acaricia un delicado jarrón

de cristal de Bohemia;

la dejé marchar, igual que un beso detenido

en sus labios de pura inocencia

que quedó flotando en el aire con aroma

a jazmín y a hierbabuena.

Y sus huellas se velaron en la “*cosmopista*” de la vida,

como la raya continua

de una foto antigua y desgastada.

Nota: “*Los aeronautas de la cosmopista*”, último título del autor de Rayuela, y que revive el viaje, entre París y Marsella, que Julio Cortázar (el Lobo) realizó con su compañera y último amor, Carol Dunlop (la Osita) que era, además, escritora y fotógrafa.

Sin previo aviso

Como la pila cansada
de un viejo reloj de pulsera,
o la tenue luz de una bombilla
en un cuarto de baño enmohecido;
o como el último hilo de vida
que desprende la bombona de butano
y que calienta, a tiempo parcial,
mi cuerpo debilitado.
Siempre dejan de funcionar
sin previo aviso, y en el momento
más inoportuno.

¿Imprescindible?

No sé lo que piensan otros,
pero yo te veo imprescindible.
En los altibajos de tus fantasías,

o en la cima de los expedientes definitivos
en la mesa de tu despacho,
sorteando las dificultades de imprevistos.
Día tras día, año tras año,
acariciando la resiliencia de tus desvelos,
igual que un guante de latex en el filo de un bisturí.
Vas buscando las preguntas más difíciles,
las aguas más profundas y las metas inalcanzables.
Pero permaneces ahí, tan cerca...
y, a veces, tan distante.
No sé lo que piensan otros...,
El otro día, alguien me preguntó por ti
y dijo, con expresión contrariada,
que te había visto en cualquier lugar,
con el ordenador abatido y la mirada ausente.
Yo le dije que también el viento,
ese fenómeno atmosférico tan cambiante
y que, a veces, despista con su aire de indiferencia
al más pintado, te había dejado un posit
en la pared revocada de tu orgullo.
Que le llames, me dijo con gesto displicente.
Yo le contesté: lo siento.

Que eras igual que un verso suelto,
y que nadie debería preguntarte por
la dirección de tu mañana, ni la de tu pasado.

No sé lo que pensarán, pero ellos te ven
imprescindible.

Yo, ahora,
no lo tengo tan claro.

‘entrelíneas’

Quiero empezar una nueva vida a tu lado,
dibujar, *entrelíneas*, el ángulo de tus ojos,
acariciar, en silencio, los límites de tu cuerpo, y
despejar las dudas de tus sueños incómodos.

Recuerdo el olor de todas las lluvias del mundo, a tierra
mojada; y tú jugueteabas con aquel broche, arañando
con suavidad los surcos en tu pelo.

No te preocupes por nada. Mañana recordarás
este momento, igual que el chasquido pautado y ronco de la
aguja de aquel viejo tocadiscos al que nunca debimos ponerle
fecha de caducidad.

En la calle, la luz de una farola temblaba de impaciencia
y ahogaba la luna. Tu respiración acompasada.
Son las tres y media de la madrugada.
Recuerdo que en mi sueño (nuestro sueño),
se escuchaban, a lo lejos, los acordes de una guitarra
de cuello de ébano envejecido tocando la inolvidable melodía
de una canción de los Beatles: “Michelle”, pongo por caso.
La ventana entreabierta; la cortina, como una vela *cuadra*
pusilánime.
Y el aire cálido que aquietaba la estancia y
vigilaba, igual que un espía trasnochado, mis recelos.

*Después de leer “Tokio blues”, Norwegian Wood,
de Haruki Murakami*

El dolor ausente. El drama de los refugiados

El mar escupiendo telegramas urgentes
y llamadas de auxilio a cobro revertido

sin respuesta.

Otra vez el mar, golpeando con fuerza las conciencias
ahogadas de indiferencia.

El mundo civilizado. Sangre de silencio.

¿No te dije que ayer pusieron en televisión

la imagen de un niño sin pulso varado en la orilla?

Después, en un barrido informativo de arena,

hablaron del tiempo. Y en medio, el anuncio

de un crucero por el Mediterráneo con bañera

de hidromasaje incorporado. ¿Qué te parece?

¿Cuántas personas, dices que murieron ayer

en las costas de Grecia?

Y las olas lamiendo las hojas más tiernas, y los

precintos reventados de un *por-venir* con dobleces.

No me acuerdo, tal vez cien o quinientos trece.

¿Es que acaso te importa?

Y en el mar azul, la cresta de una ola equivocada

que lleva en su lomo la huella indeleble

del dolor ausente.

Pero el dolor permanece ahí,

lejos, demasiado lejos,

fuera de los límites de mi conciencia civilizada.

¿Por qué digo poema, cuando quiero decir cuadro?

Escribir un poema es como pintar un cuadro a ciegas.

Te enfrentas a un lienzo sin marco definido

y esperas,

sin convicción,

colgar tu poema (*tu cuadro*) en la sala

de estar del vecino con el que no te llevas ni

en la Junta de Propietarios.

Empiezas manchando la tela, adelgazando los colores...

No te convence.

Buscas la *musa* de guardia entre

las páginas amarillas y ajadas de tu dormitorio.

Comunica.

Y al final te lanzas, igual que un funambulista sin pértiga,

a recorrer los dominios

inseguros del lenguaje, de

las palabras y atributos imposibles.

A veces se te escapa

de la chistera una voz, que en la mayoría

de las ocasiones ni aparece

en el diccionario

y que acabas limpiando compulsivamente con
un trapo empapado en disolvente.

En la paleta gastada de tu idioma utilizas, a menudo,
colores abigarrados.

Y cuando consigues el matiz
medianamente aceptable, aplaudes
sin apetencia
el color precavido.

Sigamos con el poema (perdón, con el *cuadro*).

A continuación, abocetas las figuras
una a una,

o insinúas el paisaje, palmo a palmo,

Intentando después, con

los pinceles más sutiles, darles
su forma definitiva.

Cuando crees dar por terminado tu poema (tu *cuadro*),

te das cuenta de tus limitaciones y acabas

colgando, definitivamente,

el poema (tu *cuadro*)

en el desván de tus imperfecciones.

Atrapado en tu cuerpo

Igual que un abogado de barra de bar
aclarando en alcohol su conciencia,
me someto a la disciplina de tus caprichos...,
Mientras me susurras al oído cualquier impertinencia.
He comprobado los antecedentes en tu historial delictivo
y, a pesar de ello, mereces toda mi confianza.
Yo te creo...,
capaz de cualquier despropósito con tal de
salirte con la tuya.
Provocas en mí tal desasosiego, que
me he convertido en tu deudo y sumiso querulante.
Voy de aquí a donde haga falta. Recorro papeles oficiosos
y juzgados decadentes buscando respuestas existenciales.
El incidente judicial de aquel procedimiento (pieza separada)
en el que tú fuiste parte, cayó en mi despacho
lo mismo que la roca de Sísifo, colina abajo...
Pero aquí me tienes, a merced de las olas
en el puente de mando de un viejo barco a la deriva;
y del viento poniente, que me deja en cualquier esquina,
o me lleva a cualquier lugar.

Y que me devuelve, como el mar de fondo, a los dominios
inexplorados de tu cuerpo.

En silencio, por favor

prosa poética

Vivimos rodeados constantemente de ruidos.

Mientras dormimos, escuchamos los ruidos del vecino
cuando tira compulsivamente de la cisterna del baño después
de una ardua ingesta.

En la calle, nos aturde el ruido de los coches; el de las
ambulancias, lleven o no enfermos; el de la
vida misma que aflora violentamente en nuestras calles
cuando cruzamos el semáforo en hora punta. En la cafetería,
cuando soportamos estoicamente las conversaciones
leguleyas y vocingleras de los vecinos de mesa,
cuando lo que más deseas es tomar en paz el desayuno y
echarle un ojo a la prensa.

Cuando ponemos la televisión durante el almuerzo y sólo
escuchamos las imbecilidades de algunos políticos elevadas

de tono, escenificando una pantomima que ni ellos mismos se lo creen.

Cuando volvemos por la tarde a casa, derrotados, después de un duro día de trabajo y oímos el puñetero taladro del vecino que debe tener su casa llena de tantos agujeros como un queso gruyere.

Cuando intentamos, por fin, conciliar el sueño y escuchamos, a media noche, el ruido extemporáneo de una enferma lavadora quejumbrosa, que proviene del rellano donde tu vivienda, y que retumba como un Airbus A300 a punto de despegar.

En fin, demasiado ruido.

Cuentan que el peluquero de Alejandro Magno le preguntó un día: ¿Cómo queréis que os corte el pelo? En silencio, por favor- le contestó.

Los límites de tu piel

Porque sé que los límites de tu piel
son también la frontera impermeable
de mis sueños,
me atrevo, desde la otra orilla,
a decirte lo que siento.

Porque deseo registrar, con sigilo, cada centímetro
prohibido de tu cuerpo,
descender, con cautela, a la depresión
de tu cintura,
y alcanzar, decidido, las cimas de tu alma.

Porque me gustaría navegar a dos nudos,
sin apenas paño, por la bahía en calma
de tu vientre,
dejándome llevar por la corriente
de este mar de pasión alternativo,
rumbo a tu isla madura
con sabor a miel.

Porque tengo alas en el cielo,
pero también los pies en la tierra
quiero ser, para ti, como un río profundo

que fluye cautivo
y en silencio...

introspectiva

El lugar donde habita mis miedos
está plagado de recuerdos imborrables,
a veces, salpicado de notas urticantes
que brotan intermitentes en mis sueños.

Intento entenderlos, pero luego,
me detengo en el umbral de la noche
y pienso
que no hay motivo suficiente,
que no cabe la congoja
ni el desconcierto,
porque las sombras, sólo son eso,
presencias extrañas
que enseguida se desvanecen

cuando al despuntar el alba
me despierto.

Sin título (a mi pesar)

Con el tiempo, te irás dando cuenta
de que no vale de nada tu orgullo
que corre por dentro y por fuera,
que navega en mares inciertos,
que te ahoga y me desespera;

te crees el dueño del mundo,
y te corroe tanta soberbia,
que vas vertiendo como lava
en los surcos de tus venas.

Un buen día desaparecerás de mi vida
como un barco en la mar, sin estela,
se habrá, entonces, apagado tu ira, tu orgullo,
el eco de tu voz en la niebla;

una ola sin escamas borrará tu sonrisa,

las huellas de tus pies en la arena;
y cuando te vuelvas invisible
te preguntarás, ¿ha merecido la pena?

No me esperes esta noche. Por favor,
deja entornada la puerta...

*“Hay momentos de soledad
En que el corazón reconoce, atónito, que no ama”
El sueño. Vicente Aleixandre*

lento

Ayer pude escuchar
el silencio de tus palabras
y en tu mirada aprecié
el nácar apagado de esos ojos negros,
fruta madura sin brillo derramada.

Debimos alimentar nuestros sueños,
acariciando el delicado cristal
donde apurábamos, con pasión,
la última tregua,

hasta que el amanecer
nos sorprendía envueltos
en una espesa niebla.

poesía cotidiana

Un nuevo día se deslizaba
por la persiana de mi habitación
y yo, lobo deshabitado,
me disponía a emprender
el cotidiano guión
de un argumento inacabado.

La noche había transcurrido
entre sobresaltos ensoñados,
desde el cuarto de baño, una voz
de reproche me espetó:
-tu ronquido me atravesó las entrañas-;

la indiferencia se hizo palpable
y yo, lobo estepario, me volví invisible
envolviendo mi torpeza
entre sonidos apagados,
no es culpa tuya, ojos claros,
alcánzame la cafetera
voy preparando el desayuno,
luego te llamo,
la radio emitía una voz
metálica y la cuña publicitaria
repetía sus propias mentiras:
*"acariciamos el veintiséis por ciento
de la tasa de paro",
-el café te salió un poco aguado-*,

segundo reproche; cogí el abrigo,
abrí la puerta
y el frío invierno penetró
en mi cara como
una ola agrietada,
y yo, lobo solitario,
desaparecí hasta perderme
en la aterida penumbra de mi barrio.

página de sucesos

El vehículo hizo un extraño
y Piñeiro perdió el control
de su Mercedes clase D,
empotrándose
contra un viejo roble centenario
en el kilómetro cuarenta y tres
de la carretera nacional N-550,
cerca de Padrón, en dirección a Santiago
de Compostela, donde se dirigía,
desde Pontevedra, a la notaría
del Sr. Sousa para realizar unas gestiones
acerca de la herencia familiar.

Un aparatoso accidente que,
afortunadamente,
no revistió daños
personales graves;
sólo una secuela en el pulmón izquierdo
debido al aplastamiento contra el volante
que le produjo inicialmente
una pleuresía, y después,
una pleurodinia recurrente
que le provocaba, de vez en cuando, fatiga.

Eso sí, el coche quedó para chatarra:
siniestro total; un amasijo de hierros

retorcidos
y un puzle desordenado de plásticos
y vidrios rotos esparcidos
por todas partes.

Me pesa la vida...

Hoy, por fin, rendí cuentas con mi pasado.

Una ola extrema engulló mi cuerpo,
caminé suspendido de una fina cuerda
y apoyé mis brazos en una tormenta
de verano.

Sentí el frío del miedo.

Fue entonces, sobre el pavimento mojado,
cuando, ¡dioses planetarios!,
me encontré con mi propia umbra
y me vi a mi mismo, reflejado;
cerré los ojos.

El tiempo se detuvo, y al cabo
de unos cuantos años,
oblicuo el cielo raso, me topé,
de nuevo, con mi propia sombra.

No la reconocí, y ella
se alejó de mi vida
con aire contrariado.

Lumbalgia (poesía cotidiana)

El día empezaba a resbalar sobre mi frente
mientras los ecos fragmentados de la noche
se iban debilitando,
acuérdate que a las once
tienes cita con el médico,
no me entretengas ahora,
que no puedo doblar la espalda
para atarme los zapatos,
antes todavía podía llegar hasta el suelo,
el borboteo de la cafetera
llegó hasta mis oídos
avivando los olores irrecuperables
y el timbre del teléfono perturbó
mi pacífica condescendencia,
de puertas afuera, en el rellano,
se oían los primeros pasos
arrastrando la pereza laboriosa,

es del despacho, me preguntan,
qué les contesto,
diles que atiendan al requerimiento,
luego les llamo,
y en la calle, la luz del alba se iba encendiendo
poco a poco, lo mismo
que mi dolor acrecentado.

El eslabón más débil

Prosa poética

No sabemos a ciencia cierta cómo sucedió.

Un buen día, aún en los albores de nuestra incipiente democracia, la introdujeron secretamente en una urna de cristal, aislada del mundo para evitar su contagio, pero siempre estuvo ahí, latente.

Quisieron ocultarla *in aeternum*, sin fecha de caducidad, pero algo falló. Luego vinieron las lamentaciones, los reproches y la desesperación de muchos. Algunos creían que se trataba de una entelequia, pero las evidencias demostraron todo lo contrario. La cosa no acabó muy bien.

Esto bien pudiera ser el guión de una novela de ciencia ficción, pero lamentablemente no lo es; es tan real como que existe un club en el mundo tan influyente y poderoso como el ‘*Bilderberg*’, un selecto grupo de personas con muy buena “*reputación*”, según parece.

No me digan que todavía no saben de quien estoy hablando...,

La pobreza.

Nota: *Según el Consejo Económico y Social, una de cada cuatro familias españolas está en riesgo de pobreza.*

confidencias a media noche

La voz engolada de una locutora de radio

en la duermevela,

sacudiendo la pereza de una noche

tan insípida como la
cuña publicitaria que interrumpe

el noticiario de las tres.

Al otro lado del hilo telefónico,
lamentos, reproches. Verdades.

Maldiciendo las cuatro paredes que encierra
la voz de auxilio, perturbando el sueño espurio.

No quiero importunarla...

No, por favor, continúe, la escucho...

El llanto ahogado crujía en la oscuridad,
y se abre paso como una grieta profunda
entre las ondas radioeléctricas.

*Lo lamento, pero tenemos que dar paso
a otro oyente.*

Sólo quería decir que...

Lo siento.

¿Se encuentra bien?

La comunicación se interrumpe,
igual que un 'vis a vis' atragantado,
cómplice e insatisfecho. Sórdido.

*Ahora me arrepiento
de no haberte conocido;*

*por no haberte escuchado;
por no haberte comprendido;
de no haberte ayudado.*

Porque la vida es como
el viento que te golpea al otro lado de la ventana,
y te llama ‘*sotto voce*’ a horas intempestivas.
La locutora, con la voz afectada, descuelga sus auriculares,
acatando el escrutinio silencioso del minuterero
del reloj de programación,
subvertiendo la vigilia condescendiente.

Y todas esas cosas
que no me atreví a preguntarte.

*En cualquier programa de radio
cuando, de madrugada, los radioyentes
vierten a las ondas sus confidencias.*

Vaguedades

El tóner me acaba de revelar
su lenta agonía,
y la impresora escupe, exánime,
la última nota disponible.

En esta tarde desapacible
de una primavera inexpresiva
fluyen en la radio
los primeros compases de
la quinta sinfonía
de Brahms.

Los geranios se orientan, caprichosos,
hacia la ventana,
forzando sus retoños,
en un escorzo disimulado,
procurando la luz y el calor
que les perdonará la vida.

A lo lejos, en el horizonte,

observo el cielo plumizo
cubierto de nubes grises resentidas,
que insinúa el argumento previsible
de un crepúsculo tormentoso.

Mientras yo, sobre el teclado deslucido
de mi ordenador, fijo, perezoso,
estos versos que compondrán, tal vez,
mi último poema
de este aciago día.

'A modo de despedida'

Cierro la puerta a estos versos que ya no son míos,
y me voy por donde he venido.

En silencio.

Tengo la extraña sensación de haber dejado
algún que otro poema incompleto.

No me lo tengas en cuenta.

Ya sabes quién soy.

*"Las palabras de mi libro no son nada, pues su significado emana de
cada cosa (todas tienen su alma)".*

Canto a mí mismo.

Walt Whitman.

ENTRELÍNEAS, tan sólo veinte poemas

Emilio Rodríguez Miranda

Beluso, Bueu, Vigo, 2016